(JONATÁN POZO , 30/11/2012) Estados Unidos, España y Cataluña en este momento tienen en común que se encuentran en un proceso de definición de nuevas fronteras. Las fronteras tradicionalmente han sido consideradas como un referente tanto espacial como símbolo. A lo largo de la historia la construcción y destrucción de fronteras ha venido ligada a la construcción y destrucción de identidades. Muchas fronteras han sido creadas por la guerra, y muchas guerras han sido originadas por las fronteras.

Estas últimas semanas, al hilo de las elecciones norteamericanas y catalanas, he estado pensando en un tema que levanta ampollas en ambos lados del océano. Hubiera querido compartir esta reflexión contigo hace tiempo, pero me di cuenta de que no era prudente hacerlo antes de las dos citas electorales. Fundamentalmente porque no estoy pensando en clave política, y no quería que esta reflexión pudiera ser etiquetada como tal. No sé si fue lo primero, pero lo que sí sé, es que una de las cosas más importantes que aprendí en la universidad fue a estar por encima de la política; máxime si estudias en una facultad de Sociología y Ciencias Políticas, claro. De los libros, los profesores, y los compañeros, pronto aprendí que el problema no estaba en los sistemas políticos, sino en el corazón del hombre.

Ya se han celebrado las elecciones, las dos, y sigo preocupado por el tema de las nuevas fronteras que unos y otros quieren levantar. Y no me refiero ni al control migratorio, ni a la autodeterminación. Sino al modelo de sociedad que quedará tras la crisis, de la que hoy todavía no vemos el final, por mucho que queramos intuirlo.